

Cornelius Castoriadis

1968 La revolución anticipada

Este texto ha sido traducido por el equipo editorial de *Trasversales* y lo publicamos con la autorización de Zoé Castoriadis, a quien agradecemos su generosidad. Hemos insertado en el texto algunas aclaraciones históricas, siempre entre corchetes.

La primera parte de este ensayo fue redactada por Cornelius Castoriadis entre el 25 y el 28 de mayo de 1968 y editada en ciclostil y difundida por activistas del ya entonces disuelto grupo *Socialisme ou Barbarie* a finales de mayo. En junio de 1968 apareció, completo, en el libro colectivo *Mai 1968: La Brèche, premières réflexions sur les événements*, editado por Fayard, con textos de Edgar Morin, Claude Lefort y Jean-Marc Coudray (pseudónimo utilizado por Castoriadis). Fue publicado de nuevo en 2008, también por Fayard, en *Mai 68: La brèche suivi de Vint ans après*, que reúne los textos de la edición de 1968 con otros de los mismos autores editados en 1988 por Editions Complexe. Hay, al menos, otra traducción de este ensayo en castellano, en *Mayo del 68: La brecha*, Morin, Lefort, Castoriadis, Ediciones Nueva Visión, 2009, Buenos Aires.

Más allá de la actualidad de tal o cual hipótesis hecha en una etapa del desarrollo capitalista diferente a la actual, la potencia de las convicciones de Castoriadis, su manera de aproximarse a la realidad -radical y realista a la vez- y su manera de aproximarse a los grandes movimientos sociales no nos reclaman un sí o un no, sino que nos reclaman pensar por nuestra cuenta, desde nuestro tiempo y sin orejeras ni disciplinamientos... no siquiera ante el pensamiento de Cornelius Castoriadis.

El *Mayo del 68* francés está ya grabado en la historia, pero no haremos de él un estereotipo. La sociedad francesa está siendo sacudida de cabo a rabo por la crisis desencadenada hace dos meses por algunos indignados desde la Universidad de Nanterre. El funcionamiento de las instituciones capitalistas burocráticas, puestas a punto durante siglos, está bloqueado. El jefe de Estado, para mantener su poder, se ha visto obligado a pedir a sus partidarios la formación de grupos privados. De las inquietas cabezas de todo tipo de líderes sólo salen las necesidades que siempre las han llenado. Millones de personas radicalizan su lucha y hacen ver con ella que lo que está en cuestión es la organización de la sociedad. Y quizá lleguen a pensar que esa cuestión sólo podrán resolverla ellas mismas. Están creando historia y, por tanto, el sentido de lo que ocurre está abierto, sin definir.

No es nuestra intención congelar ese sentido ni hablar de un presente más vivo que nunca como si fuese un pasado muerto. Pero para transformar hay que comprender, para avanzar hay que orientarse.

El significado de estos acontecimientos, con toda su profundidad y sus seguras consecuencias, supera el de las luchas precedentes en Francia u otros lugares, no sólo porque nueve millones de trabajadores lleven en huelga veinte días, sino principalmente por el contenido cualitativamente nuevo del movimiento. Se pueden encontrar antecedentes y gérmenes en revoluciones pasadas: la Comuna de París, 1917, Cataluña 1936, Budapest 1956. Pero es la primera vez que, en una sociedad capitalista burocrática moderna, lo que emerge ante todas las miradas y se extiende por el mundo no es la reivindicación sino la afirmación revolucionaria más radical. Debemos dejar que, reposadamente, nos penetre esta idea: pase lo que pase, mayo de 1968 ha abierto un nuevo período de la historia universal.

No en teoría, sino en actos; no por unos días, sino durante semanas; ideas fecundas, actos organizadores, formas ejemplares de la revolución moderna que no se difunden y realizan por algunos iniciados, sino por decenas y cientos de miles de personas. Esto ocurre en los sectores más modernos de la sociedad, pero también en aquellos en los que era más difícil preverlo.

En sólo algunos días, el movimiento de los estudiantes revolucionarios propagó por el país su impugnación a toda jerarquía y comenzó a demolerla allá donde su existencia parecía más obvia: en el ámbito del conocimiento y la educación. Proclama y comienza a realizar la gestión autónoma y democrática de las colectividades por sí mismas. Impugna, y socava significativamente, el monopolio de la información en manos de los diversos centros de poder. Pone en cuestión, no los detalles, sino los fundamentos y la sustancia de la "civilización" contemporánea: la sociedad del consumo, la separación entre trabajadores

manuales e intelectuales, el carácter sacrosanto de la Universidad y de las otras altas esferas de la cultura capitalista burocrática. Esas son las presunciones necesarias para una reconstrucción revolucionaria de la sociedad. Esas son las condiciones necesarias y suficientes para una ruptura radical con el mundo capitalista burocrático. Al entrar en contacto con esas piedras de toque, se muestra continuamente la naturaleza revolucionaria o reaccionaria de los individuos, grupos o corrientes hoy presentes. Tanto o más que en sus objetivos, la naturaleza revolucionaria del actual movimiento se manifiesta en su modo de actuar, en su modo de ser y en la unidad indisoluble de todos esos modos. De la noche a la mañana, ha explotado el enorme potencial creativo de la sociedad, estrujado y amordazado por el capitalismo burocrático. Las ideas más audaces y realistas -la misma cosa son- se proponen, se discuten, se aplican. El lenguaje, que había sido aplanado y vaciado por décadas de ronroneos burocráticos, publicitarios y culturales, brilla completamente nuevo y la gente se lo reapropia en toda su plenitud. Consignas geniales, efectivas y poéticas surgen de la multitud anónima. Los educadores son educados rápidamente; los profesores universitarios y los directores de las escuelas secundarias no salen de la sorpresa que les causa la inteligencia de sus alumnos y el descubrimiento de lo absurdo e inútil que era lo que les venían enseñando.

En pocos días, jóvenes de veinte años alcanzan una comprensión política y una sabiduría que los revolucionarios honestos no habían alcanzado en treinta años de militancia. En el Movimiento 22 de Marzo, en la Unión Nacional de Estudiantes de Francia (UNEF) y en el Sindicato Nacional de Enseñanza Superior (SNE Sup) aparecen dirigentes cuya clarividencia y eficacia no tienen nada que envidiar a las de anteriores dirigentes y que, sobre todo, establecen una nueva relación con la gente: sin renunciar a su personalidad y su responsabilidad, no son jefes geniales sino expre-

sión y fermento de la colectividad. El movimiento, compartiendo un rasgo característico de cualquier revolución, se auto-desarrolla y autofecunda durante su fase ascendente (del 3 de mayo al 24 de mayo). Desencadena el inicio de las huelgas obreras. Transforma la relación de fuerzas sociales y la imagen que la población tiene de las instituciones y de las personas. Con un profundo sentido táctico, obliga poco a poco al Estado a revelar su naturaleza represiva y policial; más aún, saca a relucir el inmenso desorden establecido que se oculta tras el orden establecido. Muestra que la verdadera sustancia de la organización capitalista burocrática es la anarquía total. Obliga a rectores y ministros a exhibir toda su incoherencia, su incompetencia, la imbecilidad de sus funciones. Hace caer la máscara de los "gobernantes únicos capaces", mostrando en ellos a los mayores incapaces. QUITAN el velo que oculta el vacío reinante en todas las instituciones: gobierno, parlamento, administración, partidos políticos, etc. Con las manos desnudas, los estudiantes fuerzan al poder a mostrar, tras sus solemnidades, su "grandeza" y sus baladronadas, el miedo que lo posee, el miedo sin más recursos que las porras y las granadas. Al mismo tiempo, el movimiento lleva a las direcciones burocráticas "obreras" a manifestarse como últimos garantes del orden establecido, con el que comparten incoherencia y anarquía. La carne de las clases dominantes en Francia ha sido profundamente desgarrada y no cicatrizará demasiado pronto.

El movimiento actual es profundamente moderno, porque disipa la mistificación de la bella sociedad organizada y bien engrasada, donde ya no habría conflictos radicales, sino sólo algunos problemas marginales. Esta conmoción violenta no tiene lugar en el Congo, ni en China, ni en Grecia, sino en un país donde el capitalismo burocrático contemporáneo está bien establecido y florece, donde administradores muy cultivados han administrado todo y donde planificadores muy inteligentes han previsto todo.

Pero también es moderno porque permite eliminar una gran cantidad de escorias ideológicas que bloqueaban la actividad revolucionaria. Este movimiento no ha sido provocado por el hambre creado por el capitalismo, ni por una "crisis económica", ni por el "subconsumo" o la "sobreproducción", ni por la "caída de la tasa de ganancia". No ha girado en torno a las reivindicaciones económicas, por el contrario este movimiento sólo se ha convertido en lo que es superando las reivindicaciones económicas en las que el sindicalismo estudiantil ha estado encerrado durante mucho tiempo, con la bendición de los partidos de "izquierda". Inversamente, las burocracias sindicales han intentado e intentan reducir la fractura del régimen encerrando al movimiento de los asalariados en reivindicaciones estrictamente económicas.

Lo que el movimiento actual revela como una contradicción fundamental de la sociedad capitalista burocrática no es la "anarquía del mercado", la antinomia entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las formas de propiedad o entre "producción colectiva y apropiación privada". El conflicto central alrededor del cual se organizan los demás conflictos es el que hay entre dirigentes y ejecutores. La contradicción insuperable que organiza la desintegración de esta sociedad se manifiesta en la necesidad que el capitalismo burocrático tiene de excluir a las personas de la gestión de sus propias actividades y en la imposibilidad de conseguirlo plenamente, porque si lo consiguiese el propio capitalismo burocrático colapsaría inmediatamente por ese mismo hecho. Su expresión humana y política reside en el proyecto de los burócratas para convertir a las personas en objetos -ya sea a través de la violencia, el engaño, la manipulación, los métodos de enseñanza o las zanahorias "económicas" y en la negativa de las personas a someterse a ello.

En el presente movimiento se muestra claramente lo que todas las revoluciones han mostrado y ahora hay que volver a aprender. No existe una "bella" perspectiva revo-

lucionaria de "crecimiento gradual de las contradicciones" y de "acumulación progresiva de conciencia revolucionaria en las masas". Existen la contradicción y el conflicto insuperables de los que acabamos de hablar, y esta sociedad está obligada a producir periódicamente "accidentes" inevitables que bloquean su funcionamiento y despiertan la lucha contra su organización. El funcionamiento del capitalismo burocrático crea las condiciones para una toma de conciencia, materialmente encarnadas en la estructura misma de la sociedad alienante y opresiva. Cuando la gente entra en lucha, se ve obligada a cuestionar esa estructura social, máxime considerando que el anarco-despotismo burocrático pone constantemente ante la vista de todos el problema de la organización de la sociedad como un problema explícito.

Ciertamente, el movimiento también presenta una antinomia característica: profundamente moderno en sus aspiraciones y en las capas sociales que lo animan, encuentra sus materiales inflamables en el sector donde las estructuras del capitalismo francés siguen siendo arcaicas, en una universidad cuya organización data de siglos. Estas estructuras como tales no son típicas, todo lo contrario. Las universidades anglosajonas están "modernizadas", lo que no les impide encaminarse hacia los mismos conflictos, como hemos visto en los acontecimientos de Berkeley en Estados Unidos o de la London School of Economic en Londres. Lo que sí es típico es la incapacidad constitucional y recurrente de la sociedad capitalista burocrática para "modernizarse" sin una crisis profunda, como demuestran, en otros ámbitos, la cuestión del campesinado en Francia, la de los negros en EEUU e incluso la del subdesarrollo a escala mundial. A través de estas crisis se replantea una y otra vez la cuestión de la organización total de la sociedad.

Finalmente, es fundamental que el núcleo activo del movimiento haya sido la juventud, más particularmente los estudiantes pero también la juventud de otras categorí-

as sociales. Todos lo saben, e incluso el gobierno lagrimea al hablar de ello. Pero el sentido de este hecho no puede ser recuperado por ninguna de las instituciones y organizaciones existentes, de derechas o de izquierdas. La juventud no quiere ocupar el lugar de sus antecesores en un sistema aceptado; vomita sobre este sistema, sobre el futuro que le propone, sobre todas sus sucursales, incluidas las de "izquierda". La juventud no está implicada en un conflicto generacional, sino en un conflicto social en el que ella es uno de los polos, porque rechaza todos los encuadramientos y valores del desorden establecido. Volveremos sobre esto.

En los meses y años venideros será necesario elaborar, profundizar, revelar el sentido de todo esto, y sin duda también el de otras muchas cosas para las que no disponemos ahora de tiempo o aún no somos capaces de distinguir; necesitaremos meses y años para elaborarlo, profundizar en ello, sacar a la luz su sentido. Pero, ahora mismo, hay una urgencia que atender.

Necesidad de un movimiento revolucionario organizado

Desde el momento en que el movimiento estudiantil ha llevado a cabo una huelga prácticamente general, o, aún más, desde el momento en que la base de los trabajadores rechazó el increíble fraude de los acuerdos de Grenelle [entre gobierno, patronal y sindicatos, 25 a 27 de mayo], la crisis se ha convertido objetivamente en una crisis total del régimen y de la sociedad. Pero, al mismo tiempo, más allá del bloqueo de las instituciones y de la nulidad de las "direcciones" políticas, ha emergido el absoluto vacío político existente en el país. Volveremos más adelante al análisis de esta crisis y de las posibles perspectivas que abre. Pero ya hay alguna certeza. La revolución debe adquirir un rostro. La revolución debe hacerse escuchar. Para ayudar a que eso ocurra es indispensable, y ahora también posible, un movimiento revolucionario de nuevo tipo, con total independencia de

cualquier "predicción": sea cual sea la secuencia de acontecimientos, queda la certeza del significado y la necesidad de tal movimiento.

Podríamos aferrarnos a las últimas semanas y decir que todo habría sido diferente si hubiera existido un movimiento revolucionario lo suficientemente poderoso como para frustrar las maniobras burocráticas, para hacer que día a día saliera a la luz la duplicidad de las "direcciones" de izquierda, para transmitir a los trabajadores el significado más profundo de las luchas estudiantiles, difundiendo primero la idea de comités de huelga autónomos, luego la de los consejos obreros y la de la puesta en marcha de la producción por éstos. Es cierto que en todos los ámbitos se debían haber hecho muchas cosas que no se pudieron hacer porque no existía ese movimiento. Es cierto que, como ha demostrado una vez más la experiencia del surgimiento de las luchas estudiantiles, tal movimiento podría haber jugado un papel capital como catalizador, como enzima, como descerrajador, sin transformarse en una "dirección" burocrática de las masas sino manteniéndose como instrumento de la lucha de éstas y como su fracción provisionalmente más lúcida.

Pero tales añoranzas y lamentos son inútiles. La inexistencia material de tal movimiento no es una coincidencia; si hubiera existido, si se hubiera formado durante el periodo anterior, el movimiento no habría sido el mismo. Aunque pudiésemos elegir la "mejor" de las pequeñas organizaciones que existían y multiplicar sus efectivos por mil, no habría sido capaz de responder a las exigencias y al espíritu de la situación actual. Como ya hemos visto en el transcurso de los acontecimientos, los grupos existentes de extrema izquierda no han sabido hacer otra cosa que rebobinar interminablemente cintas grabadas de una vez por todas y que ya llevan en sus entrañas. Por la misma razón, sería inútil tratar de unir a estos grupos. Cualesquiera que hayan sido, a diferente título y en diversos grados, sus

méritos como conservadores de las frías cenizas de la revolución durante décadas, sometidos a la prueba de los acontecimientos han demostrado una vez más ser incapaces de salir de su rutina ideológica y práctica, incapaces de aprender algo y de "desaprender" lo que debe ser olvidado.

La tarea urgente actual es la constitución de un nuevo movimiento revolucionario a partir de las luchas recientes y de su experiencia. El camino hacia esta constitución implica la agrupación de jóvenes estudiantes, trabajadores y otros que se han unido en estas luchas, sobre bases ideológicas y organizativas que deberán definir por sí mismos.

Los estudiantes revolucionarios tienen una responsabilidad principal en esta constitución. Los problemas planteados por el movimiento estudiantil y las respuestas que les han dado van mucho más allá de las universidades; son significativas para la sociedad en general y, por tanto, los estudiantes revolucionarios deben asumir ahora sus responsabilidades universales.

Si eso no se hace, vendrá el aislamiento y finalmente la derrota del movimiento estudiantil. Sería el triunfo de la línea común al primer ministro Pompidou y a Séguy [entonces secretario general de la CGT]: que cada cual quede en su lugar, que los estudiantes se hagan cargo de sus asuntos y los trabajadores de los suyos, lo que permitiría al gobierno y a las "direcciones" políticas ocuparse de los asuntos de la sociedad.

Pero el movimiento de estudiantes revolucionarios no puede jugar un papel general si se limita a ser estudiantil. Sería como querer actuar sobre otros estratos sociales desde "el exterior", actitud tan falsa como estéril. El movimiento estudiantil ya actuó "desde fuera" sobre las otras capas sociales, dando ejemplo, reaprendiendo el significado de la lucha, incentivando la huelga general. Bajo otras formas podrá y deberá seguir jugando ese papel. Pero si sigue siendo simplemente estudiantil no podrá dar a la sociedad aquello de que hoy más

carece: una voz plena y coherente que desenmascará la palabrería política vacía. Ni podrá transponer ni introducir desde el exterior, en las otras capas sociales, lo que le ha dado fecundidad y efectividad en su propio ámbito: objetivos que correspondan a las aspiraciones profundas de las personas afectadas y una acción que surja de una colectividad orgánica.

El tránsito del movimiento en Nanterre al movimiento en toda la enseñanza ya ha requerido una transformación del terreno, de las formas, de los objetivos, de la organización de la lucha. La transición del movimiento estudiantil a un movimiento global requerirá una transformación cualitativamente mucho más importante y mucho más difícil. Esta dificultad, de la que hay mil signos desde el 13 de mayo [fecha en la que tuvo lugar en París una enorme manifestación de estudiantes y trabajadores], se debe a muchos factores, vinculados orgánicamente.

El movimiento estudiantil ha conocido el éxito, la realidad y la alegría en su propio y natural terreno, las facultades y los barrios universitarios. Al decir que tiene que pasarse a la verdadera política ante la sociedad global puede parecer que se le está arrebatando el suelo sobre el que se asienta sin ofrecerle otro comparable.

Ha demostrado su eficacia, ha demostrado un admirable sentido táctico, con métodos de acción que no pueden transponerse, como tales, a escala social.

Ha cortocircuitado los problemas de la organización, especialmente difíciles, porque ha actuado en colectividades profesionales localmente concentradas y unificadas, y ahora está obligado a hacer frente a la heterogeneidad y diversidad social y nacional. Es comprensible que en estas condiciones muchos estudiantes revolucionarios rechacen lo que les parece un abandono puro y simple de lo que, hasta ahora, ha resultado ser el único terreno fecundo. Por esa razón se han manifestado constantemente tendencias de huida hacia adelante, que en realidad sólo son un hacerse a un

lado y que corren el riesgo de convertirse en huida hacia atrás. Estas tendencias derivan de una falsa imagen de la situación. Todavía no existen, en las capas asalariadas, las virtualidades explosivas que existían hace un mes entre los estudiantes. Intentar perpetuar artificialmente las condiciones de mediados de mayo sólo puede conducir a fantasías colectivas ajenas a la realidad, a espasmódicos "doble o nada" que, lejos de ser ejemplares, no enseñarán nada a nadie.

Pero estas dificultades están relacionadas con otras, mucho más profundas porque se refieren a los problemas de fondo, a los interrogantes esenciales de la actividad revolucionaria y de la revolución misma. Al expresar esos problemas en su comportamiento los estudiantes revolucionarios demuestran una madurez que debe ser tratada como merece: hablándoles sin reservas y sin contemplaciones.

Los estudiantes revolucionarios sienten una antinomia entre acción y reflexión; entre espontaneidad y organización; entre la verdad del acto y la coherencia del discurso: entre la imaginación y el proyecto. La percepción de esta antinomia motiva, conscientemente o no, sus vacilaciones.

Tal antinomia se nutre de toda la experiencia precedente. Como tantos otros durante décadas, han visto en pocos meses o semanas cómo la reflexión se convierte en dogma estéril y esterilizante; la organización se convierte en burocracia o rutina inanimada; el discurso se transforma en cháchara de palabras mistificadas y mistificadoras; el proyecto degenera en un programa rígido y estereotipado. Con sus actos, su osadía, su rechazo a tesis y plataformas, su colectivización espontánea, rompieron esos grilletes.

Pero no podemos quedarnos en eso. Aceptar la validez de esa antinomia, considerarla definitiva e insuperable, lleva a aceptar la esencia misma de la ideología capitalista burocrática, a aceptar la filosofía y la realidad existentes, a rechazar la transformación real del mundo, a integrar la

revolución en el orden histórico establecido. Si la revolución sólo es una explosión de algunos días o semanas, el orden establecido (lo sepa o no, le guste o no) la encarará muy bien. Aún más, al contrario de lo que ese orden cree, él necesita esas explosiones. Históricamente, es la revolución lo que permite que el mundo de la reacción sobreviva transformándose, adaptándose, y corremos el riesgo de tener una nueva demostración de ello. Esas explosiones rompen el entorno imaginario e irreal en el que, por su propia naturaleza, la sociedad de la alienación tiende a encerrarse; la obligan a encontrar nuevas formas de opresión mejor adaptadas a las condiciones actuales, incluso aunque pasen por la eliminación de los opresores de ayer. Siempre hemos sabido que la sociedad puede rebelarse, vivir días y semanas de embriaguez lúcida y de creatividad intensa. El viejo Jules Michelet escribió, hablando de la Revolución Francesa, que "Ese día, todo fue posible... el porvenir fue presente... un relámpago de eternidad que suprime el tiempo".

Pero si sólo es un relámpago, los burócratas reaparecerán poco después, con sus "linternas sordas" como únicas fuentes de luz. La cuestión no es si la sociedad o una de sus franjas es capaz de desgarrar durante un momento los velos que la cubren y saltar más allá de su propia sombra. En tales momentos es cuando se plantea el verdadero problema, y por eso mismo se plantea. No se trata de vivir una noche de amor. Se trata de vivir una vida de amor. Si hoy nos topamos con Waldeck Rochet [entonces secretario general del PCF] y Séguy no es porque los trabajadores rusos no fueran capaces de derrocar al viejo régimen; al contrario, ocurre porque fueron capaces de hacerlo pero no pudieron instaurar e instituir su propio poder.

Seguiremos presos del orden establecido si nos dejamos encerrar en el dilema entre el momento de la explosión creativa y los largos periodos de tiempo normalizado que sólo pueden ser de alienación. Aceptar el terreno sobre el que ese dilema puede plan-

tearse es aceptar las presuposiciones últimas de la ideología imperante desde hace milenios. Es aceptar ser la Santa Teresa de la revolución, dispuesta a soportar años de sequedad a cambio de escasos instantes de gracia. Aceptar que el acto excluye la reflexión es admitir implícitamente que toda reflexión carece de verdadero objeto. Y como el ser humano no puede prescindir de la reflexión, así se deja ésta en manos de los misticadores y los ideólogos de la reacción.

Aceptar que espontaneidad y organización se excluyen es entregar a los burócratas el ámbito de la organización, sin la que ninguna sociedad puede sobrevivir un solo día.

Aceptar que racionalidad e imaginación se excluyen mutuamente es no haber entendido nada de ambas. Allá donde la imaginación supera el ensueño o el delirio y produce resultados duraderos, es porque constituye nuevas formas universales; allá donde la racionalidad es razón creativa y no repetición y vacío, es porque se alimenta de fuentes imaginarias que ninguna pseudo-racionalidad "científica" puede explicar.

Al igual que la seriedad permanente es el colmo de lo grotesco, la fiesta permanente es la tristeza sin fin. Aceptar la antinomia seriedad/fiesta como absoluta es aceptar la civilización del divertimento (nt1). Es escindir la vida en una parte "seria" entregada a los organizadores y en una parte "caprichosa" entregada a los vendedores de placer y de un espectáculo que, en su límite, podría llegar a incluir los happenings revolucionarios. Si la revolución socialista tiene algún sentido no es, desde luego, reemplazar a la burguesía con burócratas "obreros". Sin embargo, a eso conduce inevitablemente el negarse a afrontar estos problemas. Si la revolución socialista puede avanzar, no es "haciendo" la "síntesis" de estas antinomias, o "superándolas", sino destruyendo el propio terreno sobre el que inevitablemente surgen. ¿Puede la sociedad humana lograr esa transición? Una transición que no sería hacia un mundo sin problemas, sino hacia un mundo que habría

dejado atrás los problemas específicos de los que estamos hablando. No lo sabemos y, de hecho, la pregunta así formulada carece de interés. Lo que tiene sentido es la acción en esa dirección, tanto para quienes pensamos que esa transición es posible como para quienes piensan que sólo esa acción introduce en la historia el mínimo de movimiento y verdad que puede tolerar. Sin esa acción sólo podemos ser consumidores o desesperados. Pero en una sociedad de consumo, los desesperados se transforman rápidamente en objetos de consumo. Muchos estudiantes revolucionarios han estado muy preocupados por el peligro de "recuperación" del movimiento por parte de las viejas fuerzas. Pero el riesgo de *recuperación* de una explosión que se queda en simple explosión es igual de grande, si no más.

Quien teme a la recuperación o integración del movimiento ya ha sido integrado. En cuanto a su actitud, porque está bloqueado. En cuanto a su mentalidad más profunda, porque anda buscando garantías contra la integración y por tanto ya ha caído en la trampa ideológica reaccionaria: la búsqueda de un talismán, de un fetiche antirecuperador. No hay garantía contra la integración, en cierto sentido todo se puede integrar y todo es integrado algún día. Pompidou cita a Apollinaire, Waldeck Rochet se dice comunista, Lenin tiene un mausoleo, algunos se enriquecen a costa del nombre de Freud, el 1 de mayo es una fiesta legal. Pero también es cierto que los recuperadores sólo recuperan cadáveres. Mientras estemos vivos siempre nos hablará y nos sonará nueva la voz de Apollinaire, siempre nos conmoverá el Manifiesto Comunista haciéndonos vislumbrar el abismo de la historia, siempre resonará en nuestros oídos el "Recuperad lo que os han quitado" de Lenin, siempre el "donde estaba el ello, yo debo advenir" freudiano nos recordará su exigencia irrebalsable y la sangre de los obreros de Chicago siempre turbará e iluminará simultáneamente nuestras miradas. Todo es recuperable, excepto

nuestra propia actividad reflexiva, crítica, autónoma.

Para combatir la *recuperación* hay que extender esa actividad más allá del aquí y ahora, darle una forma que transmita su contenido para siempre y que le haga, también para siempre, irrecuperable, es decir, reconquistable por seres vivos en su verdad siempre nueva.

La recuperación no se evita con la indefinición. La arbitrariedad no la evitaremos negándonos a organizarnos colectivamente, más bien así correremos hacia ella. Cuando en una reunión de doscientas personas alguien propone un panfleto con docenas de consignas, como la supresión de la ganadería o la nacionalización de la familia (o al revés, en este contexto sería irrelevante) y al final se le dice que publique su panfleto en nombre de su comité de acción del 22 de marzo, ¿es negación de la burocracia o es poder arbitrario de la incoherencia (momentánea) de una persona, impuesta a toda una comunidad que pagará las consecuencias?

Para aquellos que prefieren el lenguaje filosófico: es necesario que el movimiento mantenga y amplíe su apertura tanto como sea posible, pero la apertura no es y nunca puede ser una apertura absoluta. La apertura absoluta es la nada, es decir, una inmediata clausura inmediata. La apertura es aquello que se desplaza constantemente y transforma sus propios términos e incluso su propio bando, pero sólo puede existir si, en cualquier momento, se basa en una organización provisional de su bando. Un signo de interrogación en sí mismo no significa nada, ni siquiera una pregunta. Para que signifique una interrogación debe estar asociado a una frase y utilizar algunos términos considerando que tienen un significado que, por el momento, no se cuestiona. Una interrogación pone en duda ciertas significaciones, afirmando otras, incluso a costa de tener que revisar éstas después.

Los estudiantes revolucionarios ya han hecho la experiencia de los grupos tradicionales, atrapados en las estructuras ideológi-

cas y prácticas del capitalismo burocrático en lo más profundo de ellas: programas fijados de una vez por todas, discursos repetitivos sea cual sea la realidad, formas de organización calcadas de las relaciones constituidas en la sociedad existente. Estos grupúsculos reproducen en su seno la división entre dirigentes y ejecutantes, la división entre los que "saben" y los que no "saben", la separación entre una pseudoteoría escolar y la vida. Esta división, esta escisión, también quieren instaurarla respecto a la clase trabajadora, de la que todos quieren ser "dirigentes".

Pero cuando se cree que para poseer la verdad basta con situarse simplemente a contrapié de esos términos, negando cada uno, no salimos de ese universo, por el contrario nos encerramos en él. No vamos más allá de la organización burocrática negando cualquier organización, ni superamos la rigidez estéril de las plataformas y los programas rechazando cualquier definición de objetivos y medios, ni superamos la esclerosis de los dogmas muertos con la condena de la verdadera reflexión teórica. Es cierto que esta vía de salida es difícil y que el camino es muy angosto. Lo característico de una crisis tan profunda como la que está atravesando Francia es que todo el mundo camina sobre el borde de la navaja. Y los revolucionarios tanto o más que los demás. El gobierno, la patronal, los líderes burocráticos, se juegan su posición, su dinero, como mucho su cabeza, es decir, casi nada. Para nosotros el peligro es mayor porque afecta a nuestro ser de revolucionarios. Lo que estamos arriesgando ahora es mucho más que nuestra piel; es el significado más profundo de aquello por lo que estamos luchando y de lo que somos, que depende de la posibilidad de hacer que lo ocurrido sea algo más que una explosión momentánea, de constituirlo sin hacerle perder su vida, en resumen, de destruir los dilemas y antinomias ya descritos y el terreno en el que surgen.

La experiencia reciente muestra la vía que conduce hacia allí. ¿Debería una minoría

revolucionaria "intervenir", de qué manera y hasta qué punto? Si los pocos indignados que comenzaron en Nanterre y, después, el Movimiento del 22 de marzo y muchos estudiantes revolucionarios no hubieran "intervenido" es evidente que nada de lo que ha sucedido habría sucedido, al igual que es obvio que estas intervenciones habrían tenido poco efecto si una gran parte de los estudiantes no estuviesen potencialmente en disposición de actuar. La intervención de una minoría que asume sus responsabilidades, actúa con audacia extrema pero es capaz de sentir hasta dónde su entorno quiere y puede ir, se convierte así en un catalizador y en un revelador que deja atrás el dilema voluntarismo-espontaneidad.

De la misma manera, las reivindicaciones avanzadas respecto a las universidades ¿son "mínimas" o "máximas", "reformistas" o "revolucionarias"? En cierto sentido, pueden parecer "revolucionarias" en el lenguaje tradicional, ya que no pueden realizarse sin una inversión del sistema social: no puede haber "socialismo en una sola universidad". Pero para otros pueden parecer "reformistas", precisamente porque parecen preocuparse sólo de la universidad y, subsidiariamente, podría concebirse alguna forma edulcorada para su realización, recuperándolas para el mejor funcionamiento de la sociedad actual, lo que hace que algunos tiendan a denunciarlas o a desentenderse de ellas. Pero lo que es falso en este caso es la propia distinción antes hecha. Estas reivindicaciones tienen un significado profundo y positivo: siendo aplicables en parte en el contexto del régimen actual, hacen posible desafiarlo constantemente; su aplicación generaría inmediatamente nuevos problemas y pondría cada día ante los ojos horrorizados de una sociedad jerárquica el escándalo de bachilleres y eminencias científicas discutiendo juntas el contenido y los métodos de enseñanza; ayudarían a formar personas para quienes, aunque sea parcialmente, se habrá transformado la concepción del mundo social, de las relaciones de

autoridad, de la gestión de las actividades colectivas.

Los problemas planteados por la constitución de un movimiento revolucionario deben abordarse con ese espíritu.

Propuestas para la constitución inmediata de un movimiento revolucionario

El movimiento solo puede existir si se define; y sólo puede persistir si rechaza atarse a una definición definitiva.

El movimiento debe, por supuesto, definirse y estructurarse por sí mismo. Si, como debemos pensar, está llamado a expandirse y desarrollarse, sus ideas, sus formas de acción y sus estructuras organizativas sufrirán una transformación constante, en función de su experiencia y su trabajo, así como de la contribución de quienes se unan a él. No se trata de fijar de una vez por todas su "programa", sus "estatutos" y su "agenda de actividades", sino de iniciar lo que deberá seguir siendo una autodefinición y auto-organización permanente.

Principios

Tanto para la reconstrucción socialista de la sociedad como para su propio funcionamiento interno y para orientar sus actividades, el movimiento debe inspirarse en estas ideas: en las condiciones del mundo moderno, la supresión de las clases dominantes y explotadoras requiere no solo la abolición de la propiedad privada de los medios de producción, sino también la eliminación de la división dirigentes-ejecutantes en tanto que estratos sociales. Consecuentemente, el movimiento debe combatir esa división allá donde se encuentre y no aceptarla en su interior. Por la misma razón, debe luchar contra toda forma de jerarquía.

Lo que debe reemplazar a la división social entre dirigentes y ejecutantes y a la jerarquía burocrática en que se encarna es la autogestión, es decir, la gestión autónoma y democrática de las diversas actividades por las comunidades que las llevan a cabo. La autogestión requiere: el ejercicio de un

poder efectivo por parte de las comunidades involucradas en el ámbito de que se trate, es decir, la democracia directa más amplia posible; la elección y la revocabilidad permanente de cualquier persona en la que se haya delegado cualquier responsabilidad particular; la coordinación de las actividades por comités de delegados igualmente elegibles y revocables en todo momento.

El ejercicio efectivo de la autogestión implica y requiere el flujo constante de información e ideas. También requiere la eliminación de la compartimentación entre las categorías sociales. En definitiva, ese ejercicio es imposible sin la pluralidad y la diversidad de opiniones y tendencias.

Estructuras de organización

Las estructuras organizativas del movimiento derivan inmediatamente de estos principios:

- Constitución de grupos de base cuyo tamaño permita tanto una división de tareas eficaz como una discusión política fecunda.
- Coordinación de las actividades generales de los grupos de base por comités de coordinación formados por delegados electos y revocables.
- Coordinación de las actividades relacionadas con tareas específicas por medio de las comisiones correspondientes, también formadas por delegados electos y revocables.
- Comisiones ejecutivas técnicas, bajo control político de los comités de coordinación.
- Asambleas generales deliberativas de todos los grupos de base, tan frecuentes como lo permitan las condiciones.

En cuanto al funcionamiento interno, hay dos ideas esenciales como punto de partida:

- La tarea de los órganos generales (comités de coordinación, comisiones especializadas) debe ser sobre todo recoger información y distribuirla a todo el movimiento; la de los órganos de base debe ser, sobre todo, tomar decisiones. Es esencial revertir

el esquema capitalista burocrático, en el que la información sólo "sube" y las decisiones sólo "bajan".

- Es una tarea permanente del movimiento organizar y facilitar la participación activa de todos en la elaboración de la política, de las ideas y de las decisiones con conocimiento de causa. Si eso no se hace, pronto reaparecerá una división entre "políticos" y "ejecutantes". Para combatir esa división no hay que proceder a la "alfabetización política" propia del modelo burgués aplicado por las organizaciones tradicionales, sino ayudar a los militantes a reflexionar críticamente desde su propia experiencia con métodos de autoaprendizaje político activo.

Formas de acción

Éstas sólo pueden definirse conforme a los acontecimientos y sobre bases concretas. Pero su sentido general debe ser ayudar a los trabajadores a luchar por objetivos del tipo definido antes y a organizarse sobre bases similares. Sin embargo, es necesario definir y realizar algunas tareas inmediatas. Citándolas en orden lógico y temporal:

1. Organizarse de acuerdo con estos criterios o al menos según criterios que permitan al movimiento decidir colectivamente sobre su organización y orientación.
2. Hacer un periódico lo antes posible. La importancia del periódico no sólo es inmensa en el campo de la información, la propaganda y la agitación, sino que, principalmente, puede y debe ser un organizador colectivo. En la etapa actual es la única forma de satisfacer las demandas de camaradas de diversos lugares y entornos que querrán organizarse con el movimiento. Reproduciendo los principios de orientación y organización del movimiento y describiendo sus actividades, el periódico permitirá que estas personas respondan a la pregunta *¿Qué hacer?* organizándose ellas mismas y estableciendo contacto con el movimiento sin que éste tengan que "organizarlos", lo cual sería difícil y cuestionable; el periódico puede ser un instrumento

esencial para superar la posible división, dentro del movimiento, entre "políticos" y "simples militantes", así como entre el movimiento y el exterior. Esto puede hacerse si, además de abrirse a todas las personas, se organiza la participación activa de grupos de base en su redacción, asumiendo la responsabilidad de secciones definidas de la revista, y se abren sus páginas a sus lectores y se alienta su participación, no sólo la publicación de contribuciones y cartas, sino también con la organización sistemática de entrevistas, etc.

3. Explicar en todos los lugares y por todos los medios (reuniones, periódicos, panfletos, más tarde folletos, etc.) el significado profundo y universal de la acción de los estudiantes y sus objetivos, esto es, lo que significa la exigencia de gestión colectiva, la lucha contra la división entre dirigentes y ejecutantes y contra la jerarquía, la explosión de la actividad creativa de la juventud, su auto-organización. Todos los temas de la revolución socialista pueden y deben desarrollarse de manera viva, a la luz de la experiencia de *Mayo del 68*, a partir de temas como el significado de la lucha contra la cultura capitalista burocrática, que debe convertirse en un ataque a los fundamentos de la "civilización" moderna, esto es, a la separación entre trabajo productivo y ocio; lo absurdo de la sociedad de consumo; la monstruosidad de las ciudades contemporáneas; los efectos de la separación total entre trabajo manual e intelectual, etc. Todo esto ya se cuece entre la población, pero fuera de los círculos "intelectuales" no logra articularse y expresarse.

4. Participar y llevar lo más lejos posible la demolición de la Universidad burguesa y transformarla, en la medida de lo posible, en un semillero de contestación al desorden establecido. Hay que abrazar esta tarea capital sin ilusiones y sin vacilaciones. La autogestión de la Universidad tiene un carácter ejemplar. Poco importa lo que quede de ella a largo plazo si el movimiento retrocede; y, si vuelve a avanzar, será de nuevo un punto de partida. La autogestión

de la Universidad puede y debe convertirse en una plaga incurable en los flancos del sistema burocrático, un catalizador permanente a los ojos de los trabajadores.

5. Poner entre la espada y la pared a los aparatos burocráticos y políticos en lo que se refiere a la autogestión. Cuando alguien se presente como "líder" o "representante" hay que preguntarle: ¿de dónde sacas tu poder? ¿de qué manera lo obtuviste? ¿cómo lo practicas? Sin alentar ilusiones sobre el sindicato en cuanto tal, coyunturalmente es necesario alentar la afiliación a la CFDT, menos burocratizada y con una base más permeable a las ideas del movimiento, pero también y especialmente para hacer esta interpelación y esta exigencia: la autogestión no sólo es buena para el exterior, es igual de buena para la sección sindical, el sindicato, la federación y la confederación.

Las etapas de la crisis

No es nuestra intención hacer aquí historia de las luchas de las últimas semanas. Pero es preciso destacar algunos rasgos de su significado, no percibidos por muchos y con un alcance que supera lo inmediato. La crisis ha pasado por cuatro etapas distintas: 1. Del 3 al 14 de mayo, el movimiento estudiantil, hasta entonces limitado a Nanterre, se extiende bruscamente, llega a todo el país y, tras los combates en las calles, la noche del 11 de mayo y la manifestación del 13, culmina en la ocupación generalizada de las universidades.

2. Del 15 al 27 de mayo, partiendo de la fábrica de Sud-Aviation en el área urbana de Nantes, estallan huelgas espontáneas con ocupación de las instalaciones y se extienden rápidamente. A partir de la tarde del día 17, tras enfrentamientos espontáneos en Renault-Billancourt, los líderes sindicales se subieron al carro y lograron tomar el control del movimiento para finalmente concluir con el Gobierno los acuerdos de Grenelle.

3. Del 28 al 30 de mayo, tras el frontal rechazo de los trabajadores a la estafa de los acuerdos de Grenelle, los dirigentes sin-

dicales y los partidos de "izquierda" intentan trasladar los problemas al ámbito de las combinaciones "políticas", pese a que el colapso del aparato gubernamental y estatal estaba en su apogeo.

4. A partir del 31 de mayo, las capas dominantes se van recuperando, Charles de Gaulle disuelve la Asamblea Nacional y amenaza a los huelguistas. Los comunistas, los "federados" [*Fédération de la gauche démocrate et socialiste* de Mitterand] y los *gaullistas* se pusieron de acuerdo para representar la farsa electoral, mientras que los líderes sindicales renunciaron a las condiciones generales para la negociación e intentaron concluir lo antes posible acuerdos por rama. La policía comenzó a reocupar los lugares de trabajo, empezando por los servicios públicos.

La primera etapa de la crisis estuvo dominada exclusivamente por el movimiento estudiantil. Sin pretender abordar de nuevo su significado, es necesario indicar las razones de su extraordinaria efectividad, vinculadas, en primer lugar, al contenido radical de sus objetivos políticos. Mientras que, durante años, el sindicalismo estudiantil y los partidos de "izquierda" mendigaban algunas migajas (pre-salario universitario, locales, etc.) los estudiantes, primero en Nanterre y luego en todo el país, plantearon esta pregunta: ¿Quién es el dueño de la universidad y qué es la universidad? Y respondieron: queremos ser sus dueños para hacerla diferente. Si bien se venía lamentando desde hace años el pequeño porcentaje de obreros presentes en la Universidad, como si en los países donde este porcentaje era mucho mayor la Universidad y la sociedad hubieran cambiado de carácter, el movimiento estudiantil ha abierto ahora la Universidad a la población trabajadora. Mientras que durante años se había pedido más profesores, ahora el movimiento ha cuestionado la propia relación entre enseñantes y estudiantes. Así han atacado las estructuras jerárquico-burocráticas de la sociedad justo donde parecen estar mejor fundadas para el senti-

do común, justo donde parecía inexpugnable el sofisma según el cual el conocimiento da derecho al poder y el poder posee, por definición, el conocimiento. Pero si los estudiantes de primer año pueden tener voz en los programas y métodos de trabajo, tanto como los profesores, ¿quién podría atreverse a negar a los trabajadores de una empresa la gestión de un trabajo que conocen mejor que nadie, o a los miembros de un sindicato la dirección de las luchas que sólo a ellos conciernen y comprometen? Eso es lo que explica, mucho más que la presencia de militantes antiestalinistas en el movimiento estudiantil, la rabia y el odio que desde el primer día PCF y CGT manifestaron contra el movimiento; inmediatamente sintieron que cuestionaba su propia naturaleza burocrática. Desde hace años se venía proponiendo tímidamente una "modernización" (en el sentido capitalista burocrático) de los programas; los estudiantes han atacado la sustancia y el contenido de la educación universitaria y han denunciado con sus actos la mistificación, relanzada desde hace algunos años por unos raros "marxistas", de una ciencia neutral, que no tendría nada que ver con la ideología.

Al mismo tiempo, este contenido radical no se ha mostrado en palabras, sino en actos, con métodos de lucha eficaces. Así, los estudiantes han pasado a la acción directa, sabiendo escoger en cada ocasión el terreno más favorable y haciendo trizas los métodos "tradicionalmente probados": parloteos, negociaciones, presiones, idas y venidas de los sindicatos, "conquistas" ilusorias de éstos. Finalmente, el carácter no burocrático y no tradicional de la organización del movimiento ha desempeñado un papel considerable. Decisiones colectivas tomadas sobre bases prácticas, participación colectiva en su ejecución, cancelación de las prohibiciones y sospechas políticas, líderes que salen de la propia acción. Pero debe decirse aquí que la eficacia del movimiento, en los tres niveles descritos, estaba al mismo tiempo vinculada a las condiciones concretas a partir de que las que se ini-

ció y que se mantuvieron hasta la ocupación de las universidades. Sin embargo, su punto débil en las siguientes etapas fue el intento de transponer a toda la sociedad y a todos los problemas, casi tal cuales, los objetivos y las formas de acción y organización que habían tenido tanto éxito en su primer ámbito. Este intento sólo podía fracasar y llevó al movimiento a rozar el riesgo de aislamiento y de dar rápidas vueltas... alrededor de sí mismo. No queremos decir que esas ideas sólo sean válidas en el medio universitario o en el interior de cualquier otro ámbito orgánico, sino que no pueden ser transpuestas mecánicamente a cualquier otro lugar sin que su significado no sea casi totalmente invertido.

Para transponer de manera fecunda, hay que reflexionar. De lo contrario, es repetición, la burocracia del pensamiento que inevitablemente conduce a la negativa a pensar. Lo que ha hecho posible y aún hoy alimenta los intentos de transposición mecánica es una falsa imagen de la realidad social, una incompreensión del capitalismo moderno en la que la mitología obrerista juega un papel preponderante. El movimiento estudiantil actúa, casi constantemente, como si la clase trabajadora no fuera más que un enorme polvorín revolucionario y el único problema fuera encontrar el lugar adecuado para colocar la mecha. La segunda etapa del movimiento, desde el lunes 20 de mayo, debería haber hecho ver a todos que no es así. Es cierto que bajo el efecto inductivo de las luchas estudiantiles, de las ocupaciones de facultades y del colapso del gobierno los movimientos de huelga se iniciaron espontáneamente en Sud-Aviation de Nantes (15 de mayo), en las fábricas de Renault situadas en provincias e incluso en Billancourt. A consecuencia de ello, los líderes sindicales, en particular la CGT, se vieron obligados a cambiar su orientación 180 grados en pocos días y pasar de una hostilidad declarada hacia el movimiento estudiantil a un seguidismo respecto al movimiento huelguista, a proclamar su "sostén" al movi-

miento estudiantil y al encuadramiento de los trabajadores en huelga. Así lograron controlar completamente el movimiento huelguista hasta la conclusión de los acuerdos de Grenelle. Pero sería desesperadamente ingenuo ver en ese control sólo la actitud de las direcciones sindicales, como si los trabajadores no existieran. Lo que debe entenderse primero y ante todo es que, una vez que se desencadenan las huelgas, la actitud de las direcciones sindicales no fue cuestionada por la base obrera.

En ningún lugar, en ningún momento, se ha visto ni siquiera algo lejanamente análogo a la contestación radical de las relaciones establecidas que tuvo lugar incluso en los sectores tradicionalmente más conservadores de la Universidad (Derecho, Medicina, Ciencias Políticas, etc.), ni tampoco un cuestionamiento de las relaciones de producción en la empresa capitalista, de la alienación en el trabajo sea cual sea el nivel salarial, de la división dirigentes-ejecutantes establecida entre cuadros y obreros o entre los líderes y la base de las organizaciones "obreras".

Es importante decirlo rotundamente y con calma: en mayo de 1968, en Francia, el proletariado industrial no ha sido la vanguardia revolucionaria de la sociedad, ha sido su lenta retaguardia. Si el movimiento estudiantil intentó realmente asaltar el cielo, lo que ha frenado a la sociedad en esta ocasión ha sido la actitud del proletariado, su pasividad hacia sus dirigentes y hacia el régimen, su inercia, su indiferencia ante todo lo que no fuera reivindicación económica. Si el reloj de la historia fuera a detenerse en este momento habría que decir que en mayo de 1968 la capa más conservadora, la más mistificada, la más atrapada en las redes y señuelos del capitalismo burocrático moderno ha sido la clase obrera, especialmente su fracción seguidora del PCF y la CGT. Su único objetivo ha sido mejorar su situación en la sociedad de consumo, y ni siquiera imaginó que esa mejora la pudiera obtener con su actividad autónoma. Los trabajadores se declararon en huelga,

pero dejaron a las organizaciones tradicionales la dirección, la definición de los objetivos, la elección de los métodos de acción. Naturalmente, estos métodos se han convertido en métodos de inacción. Cuando se escriba la historia de estos acontecimientos descubriremos que en esta o aquella empresa, en esta o aquella provincia, un sector de trabajadores intentó ir más allá. Pero la imagen masiva, sociológica, es clara y precisa: los trabajadores ni siquiera han estado físicamente presentes. Dos o tres días después del inicio de las huelgas, el significado de la ocupación de las fábricas cambió muy rápidamente, pues las burocracias sindicales hicieron de ella una manera de dividir a los trabajadores y de evitar su contaminación por los estudiantes, transformándose, en la gran mayoría de los casos, en ocupaciones protagonizadas por cuadros y militantes del PCF y la CGT.

El hecho, muy importante para el futuro, de que miles de jóvenes trabajadores, como individuos, se unieran con los estudiantes y tuvieran una actitud diferente no modifica este panorama, como tampoco lo modifica el que los trabajadores rechazaran masivamente los acuerdos de Grenelle, porque en el ámbito económico fueron un puro y simple fraude y los trabajadores aún saben sumar y restar por muy desconcertados que se encuentren. Por otro lado, también confirma esa imagen el que las primeras reocupaciones policiales de las instalaciones, desde el 31 de mayo, rara vez encontraran algún tipo de resistencia. Como revolucionarios no tenemos que hacer juicios morales sobre la actitud de la clase trabajadora, y mucho menos darla por perdida de una vez por todas. Pero tenemos que entender. Debemos condenar radicalmente la mitología obrerista que ha jugado y continúa desempeñando un papel negativo en el movimiento estudiantil y, aunque eso importa poco, en los grupúsculos de izquierda.

Por mucho que sea indispensable continuar y profundizar los contactos que se han establecido con los trabajadores, extenderlos tanto como sea posible, intentar mostrar a

toda la clase trabajadora el profundo significado del movimiento estudiantil, ha sido y sigue siendo catastróficamente erróneo creer que bastaría en el futuro inmediato con sacudir el árbol un poco más para que el proletariado cayese del lado de la revolución. Es necesario entender lo que está en el fondo de la actitud del proletariado: la adhesión a la sociedad capitalista moderna, la privatización, el rechazo a responsabilizarse de los asuntos colectivos, la carrera consumista, esos siguen siendo los factores dominantes. A eso corresponde, como el negativo con el positivo, la aceptación de la jerarquía en la empresa o la de los líderes sindicales y políticos, la pasividad y la inercia, la limitación de las reivindicaciones a lo económico. Para comprender esto hay que entender qué es el capitalismo moderno e ir más allá de un difunto marxismo tradicional que aún domina sobre la conciencia de muchas personas vivas.

También es necesario ir más allá de las concepciones tradicionales y superficiales sobre la naturaleza de la burocracia "obrero" y sobre la base de su control sobre los trabajadores. No estamos hablando de "errores" o "traiciones" de los burócratas "obreros"; éstos no "se equivocan", salvo en el sentido técnico de que tanto ellos como el aparato del Estado pueden llevar a cabo maniobras que terminen perjudicando a sus propios intereses; tampoco "traicionan" a nadie, ya que juegan el papel que les corresponde en el sistema. Ahora bien, no sería acertado imputar la actitud de la clase obrera al control que esa burocracia ejerce sobre ella. Es cierto que sobre la clase obrera pesan décadas de mistificación y de terrorismo estalinista, y aún hoy prosiguen la actividad mistificadora, las maniobras y la intimidación de los aparatos. Pero los aparatos burocráticos habrían saltado en pedazos si los trabajadores hubieran mostrado la décima parte de la actividad autónoma que los estudiantes han desplegado. Los aparatos lo saben y eso explica su actitud a lo largo de los acontecimientos, el intenso miedo que les ha dominado y les

domina a través de sus maniobras, mentiras, calumnias, contradicciones, giros cotidianos y acrobacias perpetuas. También explica su prisa por concluir los acuerdos de Grenelle y por desplazar lo antes posible al falso terreno electoral los problemas planteados. Al mismo tiempo, el control de las "direcciones" sobre la base se ha debilitado tanto como era posible, lo que esclarece tanto la actitud obrera como la situación actual de los aparatos burocráticos. A lo largo de la crisis, el aparato burocrático dirigente, del PCF y de la CGT en particular, ha revelado ser un rígido armazón que se sobrevive a sí mismo y cuya relación con sus partidarios se ha hecho casi puramente electoral. Hasta el viernes 24 de mayo inclusive, las manifestaciones PCF-CGT en París reunieron como máximo entre cincuenta mil y sesenta mil personas, la décima parte del electorado comunista de la región de París. Sólo uno de cada diez electores comunistas se movilizó para manifestarse "pacíficamente" cuando el país estaba en huelga general y la cuestión del poder se planteaba objetivamente. Y esta apreciación sólo sería muy ligeramente matizada por la manifestación mucho más numerosa del 29 de mayo, a la que asistieron personas de todo el distrito parisino, pero que se contentaron con repetir las consignas del PCF en un momento en que el desconcierto y la descomposición del poder habían alcanzado su punto máximo.

¿Qué son el PCF y la CGT actualmente? Un gran aparato de funcionarios de las "organizaciones" políticas y sindicales y de las instituciones capitalistas (diputados, alcaldes, concejales, permanentes políticos y sindicales, personal de los periódicos del partido y de la CGT, empleados municipales de los ayuntamientos gobernados por el PCF), seguido por un amplio electorado, político y sindical, inerte y pasivo. El tipo de relación que ese aparato mantiene con este electorado es de la misma naturaleza que la relación de Charles de Gaulle con sus electores: en ambos casos les votan para "tener tranquilidad", política o reivin-

dicativa, para no tener que ocuparse de sus propios asuntos.

Lo que aún separa al aparato burocrático PCF-CGT de la socialdemocracia tradicional son los métodos. En lugar de la dulce hipocresía reformista, y a pesar de los intentos de algunos Garaudy que desearían adoptarla también, este aparato sigue manejando la calumnia, la provocación policial (la CGT se sumó a las declaraciones de Pompidou sobre los "alborotadores extranjeros" y la noche del 24 de mayo un piquete de huelga de la CGT en Lyon entregó a un grupo de estudiantes de Nanterre a la policía) y la agresión física, como es el caso de los piquetes de la CGT en Billancourt prohibiendo el acceso a la fábrica a los delegados de la CFDT; véase también al respecto las declaraciones de Eugène Descamps [entonces secretario general de la CFDT] en *Le Monde*, sobre "el retorno al período 1944-1946".

Pero el mantenimiento del estilo totalitario estalinista se superpone con otras características profundas de la situación actual del PCF. Prisionero de su pasado, el aparato burocrático estalinista es incapaz de efectuar, en Francia como en casi cualquier otro lugar, el giro que, en teoría, le permitiría jugar un nuevo rol. No, ciertamente, un papel revolucionario, sino el papel de la gran burocracia reformista moderna necesaria para el funcionamiento del capitalismo francés, el papel que benévolos consejeros, sociólogos eruditos y sutiles técnicos le proponen desde hace años. Bloqueado en su propia evolución por sus orígenes históricos y por la referencia rusa de la que no puede prescindir, aunque sean cruces cada vez más pesadas, bloquea al mismo tiempo el funcionamiento "normal" del capitalismo francés. Para mantener su cohesión y especificidad, debe mantener como objetivo final la "toma del poder", lo que para la cúpula del aparato es la esperanza de acceso a la capa dominante de la sociedad y para su base es la vaga idea de un "paso al socialismo" que sostiene su fe, le hace tragar sapos y culebras y le da buena concien-

cia. Pero, al mismo tiempo, sabe perfectamente que este objetivo no puede lograrse fuera del contexto de una guerra mundial. Se dice "revolucionario" y "reformista", pero en realidad no es ni lo uno ni lo otro y tiene dificultades para esconder la contradicción en que se debate bajo la lastimosa "teoría" de las múltiples vías para la transición al socialismo.

Por estas razones, incapaz de fusionarse con el "reformismo" triplemente ilusorio de la Section française de l'Internationale ouvrière (SFIO) -al que su propia existencia hace más ilusorio-, el PCF sigue siendo un coto cerrado incapaz incluso de establecer una alianza duradera inadmisibles para una SFIO que teme ser fagocitada. Este aparato estalinista es tanto un resultado del arcaísmo de muchos aspectos de la vida francesa como causa de su perpetuación. Y es también un resto monstruoso del pasado ruso injertado en el presente francés. Dados esos rasgos, es probable que sólo estalle a la vez que el capitalismo francés y a consecuencia del mismo movimiento.

Pero los acontecimientos actuales lo someten a una dura prueba. En primer lugar, le ha ocurrido por primera vez aquello que siempre ha intentado evitar a toda costa, hasta recurriendo al asesinato: ha sido desbordado por su izquierda por importantes movimientos, por los estudiantes, por un lado, y por la CFDT en lo que se refiere a la autogestión. Además, se encuentra cruelmente atrapado entre la intensidad de la crisis social y política, que plantea objetivamente la cuestión del poder, y su incapacidad para tener una perspectiva política. Como ya hemos indicado, actualmente el PCF no quiere ni puede querer nada en cuanto al poder: sabe que no sería aceptado en un gobierno de "Frente Popular", salvo que aceptase pagar los costes de la operación, asumiendo el desgaste de ese gobierno sin tener acceso a los ministerios que le permitirían infiltrarse en el aparato estatal, y sabe que otro tipo de acceso al poder sólo sería concebible a través de una guerra civil que degeneraría rápidamente en Tercera

Guerra Mundial, a lo que Moscú opone un veto absoluto. El aparato estalinista del PCF sólo puede maniobrar, alegando que quiere un "gobierno popular" y temiendo por encima de todo que llegase a realizarse. Haciendo votos para que, en caso de victoria electoral, la *Fédération* [de la gauche démocrate et socialiste] le traicione para formar un gobierno de "centro izquierda", lo que por cierto sería altamente probable. Su línea se reduce a perder la menor cantidad de plumas posible o a ganar algunas. De hecho es probable que, dada la repolitización general causada por los acontecimientos, pueda ganar algo entre una clientela hasta ahora apolítica o pequeñoburguesa, compensando lo que perderá entre los jóvenes trabajadores, los estudiantes y los intelectuales

Pero esta situación hace que el aparato estalinista del PCF sea a la vez más duro y más frágil de lo que era: sobre todo, le coloca a partir de ahora a la defensiva. Esta situación también explica las prisas del PCF para restaurar el orden, así como el papel de la CGT en la increíble estafa de los acuerdos de Grenelle. Nunca el empeño de las burocracias sindicales en vender el movimiento de masas por una cucharada de lentejas podridas había alcanzado estos límites. Benoît Frachon [secretario general de la CGT desde 1945 hasta 1967] se regodeaba en la radio diciendo que había tres veces más huelguistas que en junio de 1936. Pero en 1936 los huelguistas habían obtenido de inmediato la semana de 40 horas y dos semanas de vacaciones pagadas, derechos sindicales considerables y un aumento sustancial de los salarios reales, logros que Alfred Sauvy consideraba equivalentes a un aumento del 35% al 40% en las remuneraciones efectivas.

En mayo de 1968, ninguna mentira y ningún sofisma de Seguy hará olvidar que él mismo se presentó ante los trabajadores para hacerles aceptar puras y simples promesas, exceptuando la subida del salario mínimo (SMIG), que sólo afecta al 7% de todos los asalariados (incluyendo a los asa-

lariados agrícolas), y un "aumento" salarial que, de hecho, será una reducción. El 10% acordado sólo es, de hecho, un 7,75% (dado que es el 7% en los tres primeros trimestres del año y el 10% sólo en el último trimestre). Pero cada año, sin huelga general, las tasas salariales aumentan en Francia un promedio del 6% según las estadísticas oficiales, y un 7% las retribuciones reales (incluidas las primas, la deriva salarial por desplazamiento individual o social hacia categorías mejor pagadas, etc.). Entonces, ¿habríamos hecho una huelga general de quince días para obtener un beneficio de un 1% o un 2%? Ni siquiera eso, porque el impago de los días de huelga hace que ese margen sea negativo, pues una quincena no pagada reduce en un 4% el salario anual. Y esto sin considerar lo que el Estado había quitado ya a los asalariados en los nueve últimos meses: con las Ordenanzas de Seguridad Social, que causaron un retroceso en la masa salarial del 1% según estimaciones oficiales, dado el aumento de las cotizaciones y la reducción de las prestaciones, o con la extensión del IVA al comercio minorista, que provocó en enero un aumento de precios un punto por encima de lo "normal". Sin hablar del nuevo aumento de precios al que la patronal procederá bajo el pretexto de este aumento imaginario en los salarios, ni, sobre todo, del aumento de la "productividad", es decir, de la aceleración de los ritmos de trabajo, del que ya se ha proclamado su necesidad sin que Seguy haya dicho una sola palabra al respecto durante toda la huelga.

Para apreciar adecuadamente la situación objetiva, la irracionalidad, la incoherencia y el miedo de los "líderes" capitalistas y sindicales, y lo absurdo de los análisis tradicionales, es necesario insistir en que el capitalismo francés podría, económicamente, pactar un aumento en el poder adquisitivo real de los asalariados entre un 5% y un 10% más de lo que en cualquier caso habría pactado en 1968. No sólo podría, también debería, pues en general le beneficiaría, más allá del caso de las

empresas marginales. Porque la industria francesa ha estado trabajando durante años por debajo de su capacidad física y humana, en un grado de ese mismo orden de magnitud; fácilmente podría producir un 5% o un 10% más sin otro coste adicional que el de las materias primas. Esto es aún más cierto en los sectores que antes se beneficiarían de un aumento salarial: industrias de consumo (textil, electrodomésticos, automóviles, industrias alimentarias) y construcción, donde la capacidad no utilizada durante años es mayor que el promedio de toda la industria. Teniendo en cuenta de nuevo el aumento normal, o regular, de los salarios cada año, había, por tanto, base objetiva para un pacto de aumento del salario nominal del orden del 15%. Esto no implicaría ninguna redistribución de la renta nacional; idealmente, con una "buena" burocracia reformista, no tan temerosa como la de la CGT, el proletariado lo podría haber obtenido y, en su situación actual, probablemente se habría contentado con ello. Si esto no se ha hecho no ha sido por razones económicas, sino por la imposibilidad de las diferentes fracciones de la burguesía y de la burocracia, cada una por su lado y todas en conjunto, para mantener una conducta "racional" desde el punto de vista de sus intereses.

Se ha abierto una tercera etapa de la crisis a causa del rechazo masivo de los trabajadores a los acuerdos de Grenelle, lo que forzaría al capitalismo francés a comportarse precisamente de una manera menos irracional, pactando algunos aumentos reales. La crisis, en su brevedad, ha hecho ver el vacío político absoluto de la sociedad francesa y creado un fenómeno histórico original: una *dualidad de no-poder*. Por un lado, el gobierno y el partido en el poder y que están en la cúspide de su descomposición, dependientes hasta un punto increíble de un hombre de 78 años. Por otro lado, las intrigas y maniobras de los Sganarelle [personaje de Molière] "izquierdistas", incapaces incluso en estas circunstancias de ofrecer algo más que "combinaciones" guberna-

mentales e incapaces de presentarse "unidos". Condición de este vacío: la inercia política total de los obreros y asalariados, que han seguido la mayor huelga en la historia de cualquier país como si fuese una simple huelga reivindicativa, rechazando darse cuenta de que una huelga de tal magnitud plantea la cuestión del poder, de la organización e incluso de la supervivencia de la sociedad, por lo que sólo podría seguir adelante como *huelga gestiona* [esto es, una huelga que asume la propia gestión productiva]. En vez de eso, se limitaron a apoyar débilmente la vaga consigna de "gobierno popular", a saber, la entrega de la gestión de los asuntos sociales a los burócratas de "izquierda".

Para estos, como para sus "adversarios" gubernamentales, sólo hay un deseo: que regresemos a la "normalidad" anterior. El general [de Gaulle] les ofreció, una vez más, una vía de salida mediante su declaración del 31 de mayo, que abre la cuarta etapa de la crisis. Tras de su amenazadora retórica, les promete que les dejará iniciar de nuevo su propio juego: las elecciones. De ahí el alivio (tan bien descrito por el corresponsal de Le Monde) de la "izquierda" tras el discurso de Charles de Gaulle. No importa si éste se aprovecha de la situación para corregir su metedura de pata "referendista" [el 24 de mayo de 1968 Charles de Gaulle anunció la celebración de un referéndum que no llegó a celebrarse] acogiéndose a la convocatoria de elecciones: en un referéndum un 51% de noes es un 51% de noes, mientras que en las elecciones un 51% de votos a la oposición darán, gracias al manejo de las demarcaciones territoriales, una mayoría formada por UNR [partido gaullista] e independientes, y eso sin tener en cuenta la posibilidad de ampliar el abanico parlamentario de Pompidou hacia el centro o incluso hacia "la izquierda". La complicidad es total, desde Pompidou a Waldeck Rochet, pasando por Mitterrand y Mollet, con el propósito de reconducir rápidamente los problemas al falso terreno en el que saben que esos pro-

blemas no podrán ser resueltos y ni siquiera planteados: el terreno parlamentario. Inmediatamente, se produce la desbandada del "liderazgo fuerte y probado de la clase obrera". Esa "gran fuerza tranquila" que es la CGT, según Séguy, permite sin titubear a la policía que reocupe los lugares de trabajo, uno tras otro. Las centrales sindicales retiran la "pre-condición" de derogación de las ordenanzas porque, como el 31 de mayo explicó sin reírse Séguy en la radio, Pompidou le aseguró que ese asunto es competencia de la Asamblea Nacional y que al estar disuelta ya no puede discutirse, pero que la próxima AN lo discutirá indudablemente... Eugène Descamps hará comprometerse a los candidatos a diputados sobre esto... ¿dónde diablos estaba él en 1956 cuando el Frente republicano intensificó la guerra de Argelia pese a haber llegado al poder con la promesa de detenerla? De repente, la Francia pequeña burguesa, nacionalista y reaccionaria -olvidada por algunos durante las semanas precedentes- respira aliviada, se recupera y reaparece en los Campos Elíseos.

El futuro

No hay que hacerse ilusiones sobre las próximas semanas. Estarán dominadas por el final de las huelgas, por la comedia electoral y parlamentaria, e incluso por las vacaciones. Y no se puede descartar el riesgo de que, en ese momento, el gobierno intente golpear al movimiento estudiantil e incluso recuperar las facultades. Frente a este riesgo, el movimiento estudiantil sólo puede mantenerse organizando de la manera más rápida y lo mejor que sea posible, realizando una autogestión eficaz y eficiente de las universidades, explicando a la población lo que hace.

Pero menos aún se deben subestimar las inmensas posibilidades que ofrecerá el periodo histórico que se abre. En Francia, y tal vez en otros lugares, la "tranquilidad" y el embrutecimiento de la sociedad capitalista han sido destruidos por largo tiempo. El "crédito" del gaullismo está por los sue-

los; incluso si sobrevive un tiempo, su talismán imaginario está roto. Las direcciones burocráticas de encuadramiento de los trabajadores se han visto profundamente socavadas y han quedado separadas por una profunda grieta de los trabajadores jóvenes. Los políticos de "izquierda" no tienen ni tendrán nada que decir sobre los problemas que se planteen. El carácter represivo y absurdo del aparato estatal y del sistema social ha sido desvelado masivamente y nadie lo olvidará tan pronto. Las "autoridades" y los "valores" han sido denunciados, desgarrados, anulados en todos los ámbitos. Pasarán años antes de que la gran brecha abierta en el edificio capitalista burocrático sea realmente sellada, suponiendo que pueda serlo.

Al mismo tiempo, ideas fundamentales, ayer aún ignoradas u objeto de mofa, ahora son conocidas y discutidas en todas partes. Se han formado decenas de miles de nuevos militantes, en ruptura radical con la burocracia de todas las raleas. La clase trabajadora, a pesar de las limitaciones de su actitud durante los acontecimientos, ha hecho una enorme experiencia, ha aprendido el significado y la efectividad de la lucha, y cada vez obtendrá menos satisfacción al recibir algunas migajas. Múltiples focos del incendio seguirán activos, en las universidades desde luego, entre los jóvenes trabajadores también, tal vez en fábricas y empresas donde la idea de autogestión comenzará a abrirse camino.

La sociedad francesa hace frente a una larga fase de disfuncionamientos, perturbaciones y conmociones. Corresponde a los revolucionarios asumir sus responsabilidades permanentes.

La originalidad de la crisis de mayo 1968

Existe el riesgo de que la crisis de mayo de 1968 sea evaluada con varas de medir del pasado, reducida a significaciones y categorías ya disponibles antes de producirse, juzgada por exceso y por defecto en comparación con la experiencia adquirida. De hecho, eso ya está ocurriendo, más allá de

la literalidad de los comentarios realizados. Los protagonistas de esta crisis no siempre son los últimos en malinterpretar el significado de lo que hicieron y pusieron en marcha, y no hay que extrañarse. Raramente comprendemos las nuevas referencias que estamos creando en el mismo momento en que lo estamos haciendo. Muy a menudo el significado de esta creación tiene que filtrarse en la solidez imaginaria del pasado antes de hacerse visible y de hacerse determinante del futuro, precisamente por su propia menor realidad.

No es necesario insistir en la falsedad de las comparaciones con la pseudo "revolución cultural" en China. A pesar de la infinita complejidad de las situaciones, de las fuerzas, de los problemas involucrados, el significado de ésta es claro: una vasta operación de recuperación del aparato burocrático por su fracción maoísta, que no dudó en apelar a la población contra la fracción contraria. Que semejante movilización no puede tener lugar sin que en mil lugares las capas movilizadas intenten tomar su propio camino, no hace falta decirlo. Pero también es obvio que la fracción maoísta mantuvo básicamente el control final de la situación en todas partes.

Es una confusión total equiparar la crítica de la sociedad de consumo por los estudiantes revolucionarios en Francia con la denuncia del "economismo" en China por los maoístas, en quienes se combinan el delirio estalinista, la voluntad de desviar las reivindicaciones obreras hacia lo que en China se ha convertido en un pseudopolítico opio del pueblo y la derivación de la crítica popular al régimen burocrático hacia la eliminación de una fracción de la burocracia convertida en chivo expiatorio. Es una confusión total hacer la más mínima comparación entre la crítica de la Universidad, de la cultura, de la relación profesor-alumno, tal y como funcionan en Francia, con la denuncia de profesores y del "dogmatismo" y con las supuestas "libres discusiones" cuyo propósito final es imponer a setecientos millones de personas una nueva Biblia,

el grotesco "pequeño libro rojo" que contiene los principios de toda verdad pasada, presente y futura.

La pseudo "revolución cultural" en China sigue siendo totalmente guiada por la fracción maoísta, como acertadamente ha recordado Robert Guillain (*Le Monde*, 6/6/1968) y no cesa de denunciar el "espontaneísmo" en nombre del único pensamiento verdadero... el de Mao. Por último, el Ejército, árbitro y tope de todo ese proceso, no ha sido cuestionado en ningún momento, sigue teniendo su estructura jerárquica intacta y sigue siendo pilar de la sociedad burocrática y principal beneficiario de la crisis.

Por el contrario, sí hay que disipar otra falsa imagen de la crisis de mayo de 1968 porque, repitámoslo, sigue influyendo sobre la actitud de muchos estudiantes revolucionarios: la imagen de una revolución proletaria socialista fracasada o abortada. Revolución, porque un sector de la sociedad ha atacado al régimen con la vista puesta en objetivos radicales y por medio de la acción directa; porque la generalización de las huelgas ha dado a la crisis una dimensión nacional y global, planteando objetivamente la cuestión del poder; porque, en definitiva, el gobierno y la administración se encontraron materialmente paralizados y moralmente descompuestos. Fracasada o abortada, porque la clase trabajadora no ha dado el paso de atacar al poder, ya porque los aparatos burocráticos le han "impedido" desempeñar su papel revolucionario, ya porque "las condiciones no estaban maduras", expresión que puede dar a entender cualquier cosa que se nos ocurra.

Tomadas por separado, cada una de esas consideraciones son correctas, tanto las características de una situación revolucionaria como la ausencia de cualquier rol político del proletariado. Pero eso no impide que tomen un significado ajeno a los acontecimientos si se las combina colocándolas sobre la cuadrícula de una revolución socialista fracasada o abortada y si se juzga

lo que ha sido en relación de dependencia respecto a algo que "habría podido ser" y que no se construye reflexionando sobre el proceso real y las tendencias que le son propias sino a partir de una imagen de qué ha sido en otros tiempos y en otros lugares. Pensar la crisis de mayo de 1968 como una crisis revolucionaria clásica en la que el actor principal no hubiera desempeñado su papel es totalmente artificial. Ni siquiera es comparable a hablar de un Hamlet sin el Príncipe de Dinamarca; se trata más bien de hablar de un Hamlet donde el príncipe no es torturado por la dificultad de vengar a su padre, sino por la dificultad para comprarse un nuevo leotardo: serían dos obras teatrales diferentes. Y esto no lo cambia el que los actores, y el movimiento estudiantil como protagonista principal, hayan repetido con frecuencia frases y diatribas tomadas del repertorio clásico pero que sólo tenían una relación aparente o ambigua con la acción efectiva. La obra es la primera gran obra de un nuevo autor, que sigue buscando su camino; hasta ahora, el telón se había alzado pocas veces para ella, en Berkeley, Varsovia y otros pocos lugares. Entre los clásicos no hay precedentes para el personaje central de la obra, un personaje complejo y colectivo, como siempre ocurre en el teatro de la historia; un personaje de aspecto y carácter hasta ahora inéditos. Encarna a la juventud -a los estudiantes pero no sólo a ellos- y a una parte de las capas modernas de la sociedad, especialmente a la intelectualidad integrada en las estructuras productoras de "cultura". Ciertamente, si este personaje ha podido crear a su alrededor y animar un drama real, y no un simple incidente, es por su encuentro con otros personajes listos para entrar en acción y, como siempre, con motivos y propósitos propios. Pero, muy lejos de lo habitual en el teatro, excepción hecha del sin igual *Rey Lear*, la obra es historia en tanto que la ocasión, el tiempo y un polo común han entrelazado varias intrigas separadas y heterogéneas, obligadas así a una interferencia mutua. El polo común es,

en este caso, la oposición al gobierno, que establece una similitud entre la crisis de mayo de 1968 y las revoluciones clásicas de los últimos dos siglos. Pero la similitud sólo es aparente; enmascara, y ha enmascarado durante la crisis, dos diferencias mucho más importantes. En los inicios de una revolución clásica hay unidad entre capas diferentes que luchan por eliminar el régimen establecido, pero una vez conseguido ese objetivo emergen sus diferencias, a veces con choques brutales, sobre el régimen que debería reemplazar al anterior. Eso es lo que, en segundo lugar, les daba las características precisas de un proceso de revolución permanente, en el sentido estricto que la noción tiene en Marx y Trotsky, no en el sentido vago con que se utiliza desde hace algunas semanas. La realización de los primeros objetivos, los menos radicales, desvela las oposiciones latentes entre las capas protagonistas de la revolución, transformando a unas en conservadoras del nuevo orden y obligando a otras, las más oprimidas, a radicalizar sus aspiraciones y su acción.

En mayo de 1968 la situación es totalmente diferente. Entre estudiantes y trabajadores ni siquiera existe la simple unidad dada por un objetivo negativo. La oposición al Gobierno tiene un significado diferente para los estudiantes, al menos su fracción revolucionaria y activa, que aspira a su eliminación, y los obreros, que en su gran mayoría no son, desde luego, partidarios del Gobierno, pero que de ninguna manera están dispuestos a actuar para derrocarlo. La alianza entre trabajadores y estudiantes, en esta situación, no puede materializarse; sigue siendo un deseo basado en un malentendido.

Por eso precisamente la crisis presenta el aspecto paradójico de una revolución permanente filmada, si puede decirse así, doblemente al revés. Comienza con objetivos y métodos de acción radicales pero a partir de ahí recula hacia discusiones sobre porcentajes de aumento salarial y hacia la rendición sin resistencia de los espacios

ocupados ante la policía. La rebelión de una fracción social relativamente privilegiada, portadora e impulsora de exigencias revolucionarias, induce la entrada en acción de las capas sociales más desfavorecidas, pero por reivindicaciones reformistas limitadas. El enorme peso material de millones de huelguistas, combinado con el desconcierto de las cúpulas dirigentes, crea una crisis social; pero el propio hecho de que esta crisis plantea realmente la cuestión del poder, algo que esa muchedumbre no quiere encarar, en lugar de profundizarla facilita su desplazamiento hacia el imaginario espacio electoral.

Intentar comprender la especificidad y la originalidad de la crisis en mayo de 1968 es intentar dilucidar el significado de las respectivas conductas de los dos grupos sociales que han sido sus actores.

La actitud de la clase obrera no se debe a factores locales. Con algunos matices, corresponde a lo sucedido en todos los países industrializados desde hace veinte años. No es coyuntural ni simple efecto de una barrera colocada por las burocracias "obreras" entre el proletariado y la revolución. No repetiremos sobre esto lo ya dicho en párrafos anteriores, ni es el lugar adecuado para retomar análisis hechos hace bastante tiempo (*Socialisme ou Barbarie*, "El mouvement révolutionnaire sous le capitalisme moderne", n° 31, 32 y 33, y "Recommencer la révolution", n° 35). Pero es necesario recordar brevemente los factores que hicieron del proletariado durante ciento cincuenta años una clase revolucionaria, y las características esenciales de su situación histórica actual.

En resumen: la acción del proletariado sobre la sociedad, continua y multiforme, reivindicativa y política, "informal" y organizada, reformista y revolucionaria, la ha transformado profundamente, pero ha sido, hasta ahora, insuficiente para revolucionarla. El proletariado ha sido clase revolucionaria: 1848 y 1871 en París, 1905 y 1917 en Rusia, 1919 en Alemania y Hungría, 1925 y 1927 en China, 1936-1937 en España,

1956 en Polonia y Hungría... no han salido de nuestros suelos o nuestras teorías, han sido elementos centrales de la historia moderna. El proletariado era una clase revolucionaria no porque Marx le asignara ese papel, sino por su situación real en la producción, en la economía, en la sociedad. Esta situación es, de entrada, la que impone, o quiere imponer, el capitalismo: transformación del trabajador en objeto, destrucción del sentido del trabajo en la producción; miseria material, desempleo periódico, en la economía; exclusión de la vida política y la cultura, en la sociedad. Al mismo tiempo, la especificidad histórica del sistema capitalista reside en que permite al proletariado luchar contra esta situación, e incluso le *obliga* a hacerlo.

Se desarrolla así, en la producción, una lucha incesante, a lo largo de toda la jornada, contra la organización capitalista del trabajo, sus métodos, sus normas, su pseudoracionalidad mecánica y burocrática. Una lucha que se encarna en la existencia de grupos "informales" como unidades productivas necesarias, en una organización paralela del proceso productivo, en una colectivización efectiva de los trabajadores opuesta a la atomización que tiende a imponer la división capitalista del trabajo, y que culmina en el objetivo de la gestión obrera de la producción, puesto en primer plano durante las fases revolucionarias. En el ámbito económico, las luchas reivindicativas, y, en el ámbito político y social, las luchas políticas, han transformado considerablemente durante más de un siglo la situación del proletariado y al propio capitalismo. La sociedad moderna es, en lo esencial, el producto de la lucha de clases durante un siglo. No hay ningún otro ejemplo en la historia de una clase oprimida y explotada cuya acción haya obtenido resultados similares. Pero, al mismo tiempo, podemos ver que el proletariado no ha sido capaz de revolucionar la sociedad ni de instaurar su propio poder. Y esto es de capital importancia, tanto si agregamos un "hasta ahora" como si no lo hacemos.

Sólo podemos comenzar a reflexionar realmente sobre ello si comprendemos la contradicción que ha dominado la situación del proletariado. Clase revolucionaria, en tanto que no sólo ha luchado contra las características externas o accidentales del capitalismo, sino contra la esencia del sistema, y no sólo negándola, sino generando elementos para una nueva organización social, principios para una nueva civilización, tanto en la vida cotidiana de la fábrica como en su actividad durante las fases revolucionarias; sin embargo, no ha sido capaz de integrar, instituir o mantener estos elementos y principios. Cuando se trata de ir más allá del nivel informal, del momento más agudo de la lucha o de la fase revolucionaria, el proletariado ha vuelto a caer en los esquemas de la representación, los modos de hacer y los tipos de institución de la civilización dominante. Las organizaciones de masas, sindicales o políticas, se han alineado así con las estructuras y modos de funcionamiento de todas las organizaciones burocráticas producidas por el capitalismo; el poder, allá donde la revolución proletaria se había apoderado de él, fue abandonado en manos de un "partido dirigente", "representante" de la clase; la ideología y la práctica de la jerarquía han sido cada vez más aceptadas, y finalmente toda la filosofía capitalista de la organización por la organización y el consumo por el consumo parece haber penetrado en el proletariado.

Es cierto que todo esto puede atribuirse a la influencia del capitalismo y a la dificultad del proletariado para sustraerse a ella. Pero esta "dificultad", considerada históricamente, remite a otra cosa, conocida desde hace mucho tiempo pero insuficientemente pensada. El proletariado no crea ni puede crear su propia sociedad dentro de la sociedad capitalista -como la burguesía sí hizo, en mayor o menor medida, dentro del Antiguo Régimen- sus propias referencias positivas y sus propias instituciones logrando mantenerlas bajo su propio control. Lo que consigue lo pierde muy pronto y de la peor manera posible, ya que no le es roba-

do sino que es usado de manera diametralmente opuesta a aquella a la que estaba destinado. Kautsky y Lenin, a partir de una constatación errónea que les llevaba a una conclusión perniciosa, decían que el proletariado no puede ir por sí mismo más allá de una conciencia sindicalista, por lo que es necesario inculcarle una ideología "socialista" producida por intelectuales pequeño-burgueses. Pero no se trata de eso: esta ideología sólo puede ser, y de hecho ha sido, profundamente burguesa y, si podemos guiarnos por algo para la reconstrucción de una visión revolucionaria, sólo puede tratarse de los elementos realmente socialistas que el proletariado ha producido en su actividad contra esta ideología pseudo-socialista. Pero estos elementos, que se encuentran tanto en la oscuridad de la organización informal en el taller y en el comportamiento de los trabajadores en la producción como en las explosiones revolucionarias, no pueden mantenerse, ni desarrollarse, ni, sobre todo, instituirse. Esto es lo que se ha llamado, en el lenguaje filosófico, la "negatividad" del proletariado, lo que Marx ya había entendido y escrito claramente... pero completando esta negatividad con una positividad (imaginaria), las "leyes de la historia".

Pero, por supuesto, la negatividad como negatividad pura es sólo una abstracción, es decir, una mistificación especulativa. Ninguna clase histórica puede ser pura y absoluta negatividad. Después de cada crisis revolucionaria, el proletariado sólo podía recaer en algo "positivo"; dado que no podía recaer en algo sólido que materializaría y mantendría la aspiración revolucionaria bajo una forma instituida, se veía fatalmente empujado a recaer sobre lo "positivo" del capitalismo; como no podía recaer en su propia cultura, recayó sobre la cultura existente; como las normas, los valores, los fines que fueron los suyos en los momentos cumbres de su actividad no tienen ningún significado en la vida cotidiana de la sociedad capitalista, debe adoptar los de esta sociedad. Eso es lo que se

expresa en el resultado efectivo de las luchas obreras durante ciento cincuenta años. Un resultado que tiene el mismo significado si se mira desde su faceta *burocratización de las organizaciones "obreras"* como si se mira desde su faceta *"integración" del proletariado en la expansión capitalista*. La aceptación de las normas burocráticas de organización es sólo la otra cara de la aceptación de los objetivos capitalistas de vida, dos facetas que filosóficamente se implican mutuamente y que en la realidad se dan recíproco apoyo. Si tenemos estos sindicatos, sólo podemos tener un 5% de aumento salarial, y si eso es lo que queremos estos sindicatos son suficientes.

Es así que la larga lucha de una clase revolucionaria desemboca por el momento en este resultado doblemente paradójico: la "integración" del proletariado en la sociedad capitalista moderna y su entrada en esta sociedad en el mismo momento en que el modo dominante de socialización es la privatización.

¿Cuál es la situación histórica actual del proletariado en los países modernos y qué queda de lo que hizo de él una clase revolucionaria, más allá de recuerdos y residuos ideológicos? Específicamente no queda nada. Nada, por supuesto, desde un punto de vista cuantitativo: en un país industrial típico, del 80% al 90% de la población activa son asalariados, pero sólo son obreros entre un 25% y un 40%; el proletariado industrial ya no es, en general, una capa mayoritaria entre los asalariados, y su peso relativo está disminuyendo. Es cierto que aún es diferente en países como Francia e Italia, donde una gran población rural está siendo absorbida por las ciudades y, por tanto, por la industria, pero incluso en estos países la fuerza de trabajo industrial tocará techo pronto. Tampoco queda nada desde el punto de vista cualitativo. El capitalismo, mal que bien, alcanza a satisfacer las demandas económicas del proletariado; debe satisfacerlas, para poder seguir funcionando.

El proletariado no es la única capa social que vive la experiencia de la alienación en el trabajo o la del desgaste de la sociedad de consumo: las vive toda la sociedad. Cabe incluso preguntarse si no se viven más intensamente fuera del proletariado propiamente dicho. La saturación con el consumo, el desvelamiento de lo absurdo de la carrera hacia un "siempre más", hacia un "siempre otra cosa", podrían ser asumidas por categorías menos desfavorecidas en cuanto a renta. La alienación en el trabajo, la irracionalidad y la incoherencia de la "organización" burocrática pueden ser percibidas más fácilmente por capas que trabajan fuera de la producción material, pues en ésta la propia materia impone un límite al absurdo burocrático, mientras que éste tiende a volverse infinito en las actividades no materiales carentes de fundamentos y límites materiales.

Esto es, precisamente, lo que se ha expresado en mayo de 1968, a través del papel revolucionario de los jóvenes, los estudiantes en particular, y también de una gran parte de los profesores e intelectuales. Debemos insistir, ante todo, en el papel de los jóvenes y comprender su significado permanente y universal. Hay que romper los límites tradicionales de la reflexión sociológica (incluyendo la marxista), y decir que en las sociedades modernas la juventud como tal es una categoría social sustentada en una división de la sociedad que en ciertos aspectos puede ser más importante que su división en clases.

En una estructura social jerárquica y burocrática multipiramidal, como la de las sociedades modernas, los criterios tradicionales de división social se debilitan. No solo la propiedad, sino incluso el sentido de la división entre dirigentes y ejecutantes pierden su simplicidad; exceptuando a los dos polos de la sociedad, una proporción creciente de la población se encuentra en situaciones mixtas o intermedias; la renta deja de ser un criterio, de hecho nunca lo ha sido. La división de la sociedad pertinente para la reflexión y la práctica sociopolítica

ya no puede basarse en "estatus" o "estados", sino que se basa en comportamientos que cada vez son menos determinados únicamente por dichos "estatus". La división relevante hoy es la que hay entre quienes aceptan el sistema y aquellos que lo rechazan.

El rechazo del sistema puede ser y es efectivamente más radical entre la juventud, por una serie de razones, dos de las cuales son inmediatamente evidentes. En primer lugar, porque la profunda crisis del sistema, antropológica, el colapso de los marcos de referencia, de los valores, de los imperativos, manifiesta toda su virulencia en un momento en que la personalidad aún está en estado de fusión y al buscar su orientación se encuentra con la nada de lo que existe. En segundo lugar, porque, dado el relativo desahogo material de casi todas las capas sociales, a esas edades los individuos aún no han sido atrapados en los señuelos del sistema ni tampoco en sus sutiles mecanismos de coerción psicoeconómica. No obstante, quizá el rasgo más importante del actual movimiento de la juventud sea que, en función de esa "disponibilidad" y de esa "irresponsabilidad" que la sociedad les impone, los jóvenes rechazan simultáneamente esta sociedad y esas "disponibilidad" e "irresponsabilidad". Su actividad y sus aspiraciones *gestionarias* dan cuerpo a ese rechazo.

Pero sería totalmente superficial ver en esa "disponibilidad" y en esa "irresponsabilidad" sólo una etapa transitoria de ciertos individuos en una etapa de su vida. Este estado, transitorio para cada persona, es un estado permanente para la sociedad; entre diez y quince grupos de edad tomados entre los más numerosos constituyen aproximadamente un tercio de la población que influye en las luchas sociales (si no en las elecciones). Pero, sobre todo, esta "disponibilidad", esta "irresponsabilidad", y también su rechazo virtual, son un rasgo universal del ser humano en la sociedad moderna. Si los estudiantes en particular, y la juventud en general, se han convertido

realmente en un polo social revolucionario, es porque encarnan al máximo y tipifican en su estado más puro la condición general y profunda del individuo moderno. Pues todos están hoy reducidos a la situación de "disponibilidad": sólo hábitos externos los ligan a ocupaciones, modos de vida y normas que no interiorizan y a las que no dan valor. Todos son reducidos a una situación de "irresponsabilidad", ya que todos sufren una autoridad que ya no se atreve a afirmarse como tal; todos tienen "derechos" formales y vacíos, pero ningún poder real, todos tienen un trabajo ridículo y cada vez más percibido como tal, y las vidas de todos están llenas de objetos falsos, en una relativa "seguridad" material combinada con una angustia "sin objeto".

La "proletarización" de la sociedad moderna es un hecho, pero ambiguo. Si bien todos se han convertido en asalariados, casi todos han escapado de la miseria y la inseguridad al mismo tiempo.

La "juvenilización" general de la sociedad también es cierta, pero mucho menos ambigua. Todo el mundo se ha hecho disponible e irresponsable, y sólo podemos hacernos más o menos ilusiones acerca de este hecho. Los ministros pueden jugar a hacer de ministros, pero saben muy bien que no deciden nada y que en realidad no son responsables de nada. El estatus de estudiante, por tanto, sólo es excepcional en el sentido de que en él se condensan con total pureza las características más esenciales de la situación del ser humano moderno. Influenciados, en verdad, por lo que queda de la ideología revolucionaria clásica, en aquello que en las condiciones modernas conserva de más verdadero y de más abstracto, los estudiantes han representado una revolución anticipada, en dos sentidos. En primer lugar, porque al luchar contra su situación actual también estaban peleando por anticipado contra su situación futura; no, como dicen estúpidamente los hombres del gobierno, por temor a no encontrar trabajo, sino por la certeza sobre la naturaleza del "trabajo" que encontrarán. En segundo

lugar, ha sido una revolución anticipada en un sentido aún más profundo, ya que expresa y prefigura lo que podría ser, lo que debería ser, lo que sin duda será algún día, la revolución contra la sociedad moderna. Hay que reflexionar sobre el hecho de que el núcleo de la crisis no haya sido la juventud en general, sino la juventud estudiantil de las universidades y de secundaria, así como la parte joven, o no esclerotizada, del cuerpo docente y otras categorías de intelectuales. Esto también tiene un significado decisivo para el futuro, por ser universal. Es totalmente inútil hablar interminablemente sobre la revolución científico-tecnológica si no entendemos lo que implica: en primer lugar, que la industria de la educación y la cultura es ya, cuantitativa y cualitativamente, más importante que la metalurgia, y esta importancia continuará creciendo. Además, y en mayor grado, están los problemas planteados en todos los niveles por la profunda crisis contemporánea del saber y de la ciencia (que la gran mayoría de los científicos aún no han descubierto, pese a estar sufriendola), es decir, dicho sin rodeos: la muerte de la ciencia en su acepción clásica y en cualquier otra acepción hasta ahora conocida; la muerte de cierto tipo de fabricación y transmisión del conocimiento; la incertidumbre perpetua en torno a lo que es conocido, probable, dudoso, oscuro; la colectivización indefinida del soporte humano del conocimiento y, al mismo tiempo, la fragmentación hasta el infinito de este conocimiento en un momento en el que más que nunca aparece la interdependencia o, mejor dicho, la unidad articulada de todos sus ámbitos; la relación de este conocimiento con la sociedad que lo produce y lo alimenta, y que se alimenta de él y corre el riesgo de morir por él; el para quién y para qué de este conocimiento... Estos problemas ya plantean la exigencia de una transformación radical de la sociedad y del ser humano, a la vez que ya contienen las primicias de esa transformación. Para que este monstruoso árbol de conocimiento que la humanidad moderna

cultiva cada vez más febrilmente no se hunda por su propio peso aplastando a su jardinero, la necesaria transformación del ser humano y de la sociedad tendrá que ir más allá de las utopías más locas nunca imaginadas. Requiere un desarrollo del individuo diferente desde el comienzo, que le haga capaz de otra relación con el conocimiento, sin nada análogo en la historia precedente; no es sólo una cuestión de desarrollo de facultades y capacidades, sino, de forma mucho más profunda, de la relación entre el individuo y la autoridad, ya que el saber es la primera sublimación del deseo de poder y, por tanto, de su relación con la institución en aquello que ésta encarna como referente fijo y último. Todo esto es obviamente inconcebible sin un gran cambio, no sólo en las instituciones existentes sino incluso en lo que entendemos por institución.

Precisamente ése es el contenido del movimiento de los estudiantes revolucionarios en Francia, aunque por ahora sólo como germen. La transformación de la relación enseñante-enseñado y del contenido de la enseñanza y la eliminación de la compartimentación entre disciplinas y entre universidad y sociedad se quedarán en papel mojado -y parece difícil que eso ocurra completamente- o plantearán constantemente y de manera cada vez más imperiosa el problema de este gran cambio. Poco importa si los estudiantes lo sabían o no, aunque una parte de ellos sí lo sabían. Poco importa si han visto su actividad como preludio o como parte de una revolución socialista clásica, lo que en cierto sentido es cierto, siempre que entiendan por completo el gran cambio del contenido mismo de esa revolución respecto a cómo se veía hasta ahora. Al igual que el lema "vivir trabajando o morir luchando" [atribuido al obrero-sastre Jean-Claude Romand] contenía en potencia las revoluciones proletarias del siglo que la siguió, los objetivos del movimiento estudiantil en Francia ya esbozan las líneas de fuerza del periodo histórico que se abre.

Estos son los requisitos "objetivos", en el dominio del saber, de la época contemporánea, que amplían y profundizan inmensamente aquellos que ya surgieron desde los dominios de la producción y la organización de vida social. Estos son los factores que hacen de los jóvenes, de los estudiantes y de los trabajadores de la industria educativa y cultural el equivalente de una nueva vanguardia revolucionaria de la sociedad. Pero estas capas, incluso si las extendemos a todos los sectores modernos en una situación comparable, ¿podrán desempeñar este papel? ¿No se encontrarán, tarde o temprano, con una contradicción simétrica a la que el proletariado ha encontrado? ¿Podrán, dicho de otra manera, escapar de las garras de la cultura en la que han nacido? ¿Tienen suficiente peso y suficiente cohesión para desempeñar un papel histórico? ¿Podrán adquirir ese peso a través de una confluencia con los trabajadores manuales, aunque hoy parezca más difícil que antes? De nuevo toca repetir que no sólo sería ilusorio, sino también fundamental y principalmente falso, intentar responder mediante un análisis teórico a las preguntas que la historia propone a la creatividad humana. Pero lo que sí podemos decir con certeza es que, si hay una solución a estos problemas, no se podrá encontrar sin la confluencia de los trabajadores manuales e intelectuales. Y si esa confluencia, que ni mucho menos es "natural", debe realizarse sólo podrá basarse en un trabajo político-social permanente, cuyas modalidades, estructura y manera de ser están por inventar casi totalmente.

Notas de traducción

nt1. Castoriadis escribe "civilisation des loisirs", que suele traducirse como civilización "del ocio" o "del tiempo libre". Sin embargo en esta traducción se ha considerado más apropiado traducir como "civilización del divertimento", ya que no se refiere a una sociedad en la que cada ser humano pueda disponer más libremente de su tiempo, sino más bien a una en la que el supuesto "tiempo libre" es sometido a los mercaderes del espectáculo y del "placer". Quede en todo caso a la interpretación de cada lector(a).

Journal d'une ouvrière à Montpellier

I - L'accueil · 8 h. par jour (debout) à 2 F 35 · A la recherche
du syndicat · Le patron offre un « vin d'honneur » mais
c'est nous qui payons...

Septembre 67

Depuis trois jours, dans les usines d'électronique de la région de Montpellier, c'est toujours la même réponse : « On vous écrira si on a besoin de vous ».

Chez Gelbom, on peut m'embaucher la semaine prochaine : 9 heures par jour à 2,50 F de l'heure ; c'est du câblage téléphonique. Chez Morari, on me fait passer un test, j'ai le trac... Un espoir d'être embauchée... Mais toujours la même réponse : « On vous écrira ». A la D.L.M., à plusieurs kilomètres de Montpellier, au village de Crès, on me fait passer un test, remplir plusieurs fiches... Encore un espoir, mais pour m'entendre dire : « Pour le moment, il n'y a pas de place disponible ». A I.B.M., un mois avant, ça avait été la même réponse : « Pas de place disponible ».

La recherche du travail, c'est fait d'espoir et de souffrance, de déception, et encore si on est bien reçue, ça va... s'il y a le regard et le sourire de l'employée...

Mercredi

Jolie... dans la boîte aux lettres, une lettre de Morari. Ils ont répondu par retour du courrier... « Qu'est-ce qu'il y a écrit dedans ? ». « Mademoiselle, veuillez vous présenter de toute urgence à nos bureaux ». C'est peut-être pour l'embauche... il y a du travail, un salaire... un travail de câbleuse peut-être.

Je pense à tous ceux qui sont en chômage en ce moment... à Montpellier, en France, et surtout au Brésil et en Jordanie... Ou'ils aient libération de cette servitude en trouvant enfin un travail.

Lundi matin

Je me présente chez Morari. C'est la secrétaire générale qui me reçoit : « Votre demande a été acceptée... Voilà les conditions : vous aurez au début 2,35 F de l'heure. Dans trois mois, en fin d'apprentissage, vous serez augmentée. Nous travaillons 8 heures par jour, de 8 h à 12 h, et de 13 h 30 à 17 h 30. Il y a un réfectoire où vous pourrez manger ce que vous apporterez... » Je lui demande alors : « Y a-t-il dans l'usine un règlement intérieur ? ». « Non, nous n'avons encore rien fait... nous sommes une usine nouvelle... Il n'y a pas de convention collective... petit à petit, vous saurez comment marche l'usine ».

Rapidement, je fais le calcul : 8 h par jour, 178 h par mois à 2,35 F, ça fait 418,30 F. C'est peu, surtout avec 100 F de loyer ! Elle m'emmène alors visiter l'atelier. C'est un immense hall, des tables les unes derrière les autres... Tout à droite, de grands tableaux où travaillent, debout, des jeunes ouvrières en blouse blanche. ...Je sens tous les regards des ouvrières...

Après avoir été présentée à la contremaîtresse, Mme P., elle m'emmène devant l'un de ces grands tableaux... surprise, je travaille debout alors que j'avais demandé à être assise... Il n'y a rien à dire, surtout le premier jour... J'apprends à faire des nœuds de ficelle pour tenir les câbles entre eux, puis à câbler directement sur gabarit. M., à côté de moi, surveille du coin de l'œil et m'aide. Mais la contremaîtresse arrive en criant : « Je ne veux pas qu'on aide les nouvelles. Je suis là pour ça ». Le plus difficile, c'est qu'elle ne vient pas quand on l'appelle et il faut attendre bien souvent une demi-heure qu'elle veuille bien répondre. « Comment tu t'appelles ? » me demande celle qui est à côté de moi. « J... et toi ? » « N. ». « Tu sais, ce n'est pas drôle ici. Surtout les salaires au début. Depuis quand tu es là ? » « J'ai commencé aujourd'hui ». « Tu as 2,35 F si tu as plus de 18 ans. Sinon, tu as 2,20 F ».

Mardi

Mon travail n'avance pas vite... Je mélange tous les fils et la contremaîtresse est occupée. Alors, il faut attendre... S. me dit : « Oh, la contremaîtresse, je n'ai jamais vu quelqu'un d'aussi lunatique... un jour bien, le lendemain elle crie, tu ne sais pas pourquoi... Et puis elle a ses têtes... » A part une ou deux camarades qui me parlent, toutes les autres ne s'intéressent pas aux nouvelles.

Mercredi

On pointe trois fois par jour. Le premier jour, je suis les autres, ne sachant pas comment faire. Après, ça va mieux. Si on arrive en retard, c'est un quart d'heure qui saute. Pour celles qui arrivent par le bus, c'est la course. En entrant, je trouve E., déjà au travail. Elle commence à 7 heures du matin et finit à 6 h 30 le soir : 10 heures de

